

Erhard Raus

OPERACIONES PANZER

Memorias del Frente del Este
del general Raus 1941-1945



COMPILADAS POR
STEVEN H. NEWTON



Ediciones Platea

ERHARD RAUS

OPERACIONES PANZER

LAS MEMORIAS DEL FRENTE DEL ESTE
DEL GENERAL RAUS

1941-1945

compiladas por
STEVEN H. NEWTON

EDICIONES PLATEA

Título original: *Panzer Operations. The Eastern Front memoir of General Raus, 1941-1945* / Erhard Raus - Steven H Newton

Copyright © 2003 compiled and translated by Steven H. Newton

First Da Capo Press paperback edition 2005 Published by Da Capo Press A
Member of the Perseus Books Group

Traducción: Hugo A. Cañete Carrasco

Agradecimientos: Vicente Sanjuán Sanjuán

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta edición de Ediciones Platea:
1ª Edición mayo 2015

Derechos exclusivos de edición en español reservados para España:

© 2015 Ediciones Platea SL
Pso. del Limonar 2, 29016 Málaga
www.edicionesplatea.com

ISBN: 9788494288449

Depósito Legal: B 13251 - 2015

El editor ha hecho todos los esfuerzos posibles para obtener los permisos pertinentes de todo el material reproducido en este libro. Si se hubiera producido alguna omisión, pedimos que nos hagan llegar por escrito la solicitud correspondiente para subsanar el error.

Índice

Mapas.....	7
Agradecimientos.....	9
Introducción por Steven H. Newton.....	11
Capítulo 1	
<i>La invasión de la Unión Soviética.....</i>	17
Capítulo 2	
<i>Raseiniai.....</i>	33
Capítulo 3	
<i>Hasta la frontera rusa.....</i>	57
Capítulo 4	
<i>La puerta de entrada a Leningrado.....</i>	71
Capítulo 5	
<i>Moscú.....</i>	117
Capítulo 6	
<i>La guerra en invierno.....</i>	129
Capítulo 7	
<i>Fuera de Stalingrado.....</i>	179
Capítulo 8	
<i>Kharkov y Kursk.....</i>	235

Capítulo 9	
<i>Belgorod y Kharkov</i>	267
Capítulo 10	
<i>Batallas por Ucrania</i>	307
Capítulo 11	
<i>La Batalla por Lvov</i>	337
Capítulo 12	
<i>Prusia Oriental</i>	361
Capítulo 13	
<i>Pomerania</i>	391
Capítulo 14	
<i>Reflexiones finales de un soldado</i>	417
Apéndice	
<i>Vida y trayectoria de Erhard Raus</i>	427

Mapas

Avance de la 6ª División Panzer sobre Leningrado, <i>22 de junio-20 de agosto de 1941</i>	35
Kampfgruppe Raus abre «La Puerta de Leningrado», <i>11-14 de julio de 1941</i>	72
Área de la cabeza de puente del Luga, <i>julio de 1941</i>	83
Avance de la 6ª División Panzer, <i>junio de 1941-enero 1942</i>	126
Crisis en torno a Moscú: Noveno Ejército, <i>febrero – marzo de 1942</i>	131
La ofensiva de Caracol, <i>finales de enero a comienzos de abril de 1942</i>	167
Suspensión del intento de socorro de Stalingrado, <i>23 de diciembre de 1942</i>	199
La batalla giratoria blindada, <i>13 de diciembre de 1942</i>	209

Objetivos el ataque inicial:	
<i>Armeeabteilung Kempf,</i>	
<i>5 de julio de 1943.....</i>	<i>237</i>
<i>Armeeabteilung Kempf,</i>	
<i>Situación 10 de julio de 1943.....</i>	<i>250</i>
Contraofensivas soviéticas,	
<i>mediados de julio de 1943.....</i>	<i>259</i>
Sector defensivo de la	
320 División de Infantería,	
<i>agosto de 1943.....</i>	<i>272</i>
Cuarta batalla de Kharkov,	
<i>agosto de 1943.....</i>	<i>297</i>
El saliente de Kiev,	
<i>noviembre de 1943.....</i>	<i>318</i>
<i>Armeegruppe Raus,</i>	
<i>12 de julio de 1944.....</i>	<i>349</i>
Improvisaciones en Prusia Oriental,	
<i>finales de 1944.....</i>	<i>374</i>
La defensa de Prusia Oriental por	
parte del Tercer Ejército Panzer,	
<i>30 de noviembre de 1944.....</i>	<i>379</i>

Agradecimientos

Esta narración no hubiera sido recuperada sin la ayuda de Andrew Heilmann y Jonathon Scott, que localizaron y copiaron varios fragmentos clave del trabajo de Raus en los Archivos Nacionales [*National Archives*]. El teniente coronel David Wrenn, oficial ejecutivo de la 1ª Brigada de la 29 División de Infantería (ligera), merece una gran parte del crédito por enseñarme como leer memorias de combate de una manera crítica, y como lograr que incluso las situaciones tácticas más complejas sean más fácilmente comprensibles para el lector. He recibido constantes ánimos (y ocasionalmente un almuerzo gratis) del Dr. Yohuru Williams de la Universidad Estatal de Delaware, y considerables permisos para viajes y para escribir del jefe de mi departamento, el Dr. Samuel Hoff. A ambos los considero grandes amigos, colegas y críticos. Mi esposa, Faith; mis hijos, Marie, Alexis, y Michael; y nuestro recién llegado nieto (Shane Michael Adams) han contribuido como siempre a que logre publicar adaptándose siempre a mis extraños horarios de escritura y —en el caso de Shane— por no tirar arroz en el teclado.

Introducción de Steven H. Newton

EL 22 DE JUNIO DE 1941, EL CORONEL ERHARD RAUS comenzó su participación en la campaña alemana contra Rusia siendo un desconocido más, tanto para sus soldados como para sus superiores. Austríaco de nacimiento, su última experiencia de combate había tenido lugar en el ejército austrohúngaro durante la Primera Guerra Mundial como jefe provisional del 1 Batallón de Infantería Ligera en Bicicleta por un periodo de cinco meses. Raus pasó los años de entreguerras en puestos de estado mayor e instrucción y cuando fue asimilado por el ejército alemán en el *Anschluss* de 1938 (la anexión alemana de Austria), continuó desempeñando labores de estado mayor (principalmente como jefe del estado mayor del XVII Cuerpo de Ejército durante la campaña francesa) durante los dos años siguientes, con la única excepción de un paréntesis de dos meses en los que estuvo al mando de un regimiento de instrucción. En junio de 1940, continuando con la práctica de rotar los destinos de oficiales de estado mayor con puestos de primera línea, se le entregó a Raus el 243 Regimiento de Infantería siendo destinado al mes siguiente al 4º Regimiento de Infantería Motorizada. En mayo de 1941 fue promovido para tomar el mando de la 6ª Brigada de Infantería Motorizada de la 6ª División Panzer sin siquiera haber dirigido a su regimiento en una simple escaramuza. Por entonces pocos podían adivinar que ese austriaco de 42 años con gafas ascendería hasta comandar un ejército.

«Sin probar» podría haber sido muy bien la descripción de Raus en la mente del jefe de la división Franz Landgraf. Aparte de no tener experiencia reciente de combate Raus carecía de antecedentes respecto de la utilización de las tropas blindadas, una circunstancia particularmente

inquietante respecto del segundo oficial en graduación de la 6ª División Panzer. Landgraf pudiera haber estado al tanto de que el modesto austriaco era un planificador meticuloso, un instructor infatigable y un oficial cuyo estilo de mando no dependía tanto de la bravuconería como de asegurarse que cada subordinado entendía su misión con el mayor detalle posible. Eran rasgos valorados pero no necesariamente una garantía en lo concerniente a la reacción de Raus una vez sometido a las rápidas e implacables condiciones del combate de tropas mecanizadas.

No obstante, tras asumir el mando, Raus había demostrado en cuestión de días ser tan imperturbable en el campo de batalla como lo era en una reunión informativa de estado mayor y para cuando la 6ª División Panzer hubo alcanzado los arrabales de Leningrado, en el norte de Rusia, las tropas que luchaban bajo su mando eran ya propensas a comentar en situaciones difíciles que «Raus nos sacará adelante». El buen ojo del austriaco para el terreno, su comprensión innata de la guerra de armas combinadas y su instinto en la utilización de tácticas poco ortodoxas lo convirtieron en el sucesor natural de Landgraf en el mando de la división. Cuando llegó el invierno, en enero de 1942, las largas líneas de aprovisionamiento y el marcado agotamiento de hombres y máquinas convirtieron a la 6ª División Panzer en poco más que una sombra a las afueras de Moscú, el coronel general Walter Model (recién nombrado comandante del Noveno Ejército) mostró una notable clarividencia al ceder el control de toda su área de retaguardia y líneas de suministros al cuartel general de Raus. En el gélido clima, Raus organizó una fuerza variopinta procedente de unidades de construcción, de personal de tierra de la Luftwaffe y de otros restos de unidades para mantener la crítica línea de ferrocarril que comunicaba Sychevka con las líneas del frente. Si Raus no hubiera logrado defender las comunicaciones de Model, el Noveno Ejército hubiera perdido probablemente a todo el XXIII Cuerpo de Ejército, que había sido cercado al noroeste de la ciudad. Para mediados de febrero, Raus había aglutinado una fuerza suficiente como para iniciar lo que él llamó estrategia ofensiva de caracol¹ para expulsar a los soviéticos de las poblaciones clave y crear una zona de seguridad de varios kilómetros de amplitud a

1. Procedimiento táctico en el que el tiempo no era un factor importante para la ofensiva. La velocidad de un caracol sería suficiente. A la hora de elegir el lugar del ataque se procedería como un caracol, que solo se desplazaría a un lugar donde pudiera encontrar un objetivo de valor sin incurrir en ningún riesgo. Este método de avance debería compararse con el de un caracol avanzando lentamente y retrayendo inmediatamente sus cuernos o cambiando de dirección cuando se tropieza un obstáculo. Se debía evitar cualquier revés porque desanimaría a las débiles fuerzas alemanas que se retraerían como un caracol en su caparazón en una situación comprometida. Tampoco debían los oficiales olvidar el caparazón del caracol, que ofrece seguridad y refugio en caso de peligro. A pesar de todas las precauciones, sin embargo, los comandantes de sector debían tener en mente los beneficios del objetivo en todo momento, igual que haría un caracol en la misma situación (n. del t.).

lo largo del tramo de ferrocarril.

Su desempeño durante la contraofensiva soviética de invierno le valió el sobrenombre de *Der Nochdenker* (el pensador clarividente) a la vez que cimentó su relación de trabajo con Model, bajo cuya batuta serviría como comandante de ejército en Galitzia dos años más tarde. La 6ª División Panzer se había ganado un periodo de estancia de varios meses en Francia para su reorganización pero volvió a Rusia en diciembre de 1942 para liderar el fallido intento del Cuarto Ejército Panzer de liberar al Sexto Ejército en Stalingrado. A pesar del fracaso de la improvisada ofensiva, Raus se encontró de súbito promocionado a principios de 1943 al mando de un cuerpo de ejército donde, sin solución de continuidad, jugó un papel de apoyo en el «golpe de revés» del Mariscal Erich von Manstein; sostuvo el extremo del flanco derecho del *Armeeabteilung*² Kempf durante la batalla de Kursk; supervisó la poco entusiasta defensa de Kharkov por parte del Grupo de Ejércitos Sur y llevó a cabo una retirada combatiendo a través del río Dnieper contra fuerzas muy superiores en número.

Hitler premió a Raus con el mando del Cuarto Ejército Panzer, que dirigió durante el contraataque de von Manstein sobre Kiev en diciembre de 1943. Permanecería al mando de un ejército hasta que Hitler lo relevó finalmente en marzo de 1945, habiendo estado a cargo sucesivamente del Cuarto, Primer y Tercer Ejércitos Panzer en Polonia, los estados Bálticos, Prusia Oriental y finalmente Pomerania. A pesar de las denominaciones asociadas a su cuartel general, estos ejércitos encuadraron muy a menudo grupos de *volksgrenadier* pobremente entrenados en vez de divisiones panzer aunque en ocasiones —Kiev, Lvov y el Báltico— Raus tuvo la oportunidad de demostrar que era capaz de manejar operaciones blindadas a gran escala con el mismo aplomo que había mostrado al mando de una división. Heinz Guderian, entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército, lo consideró «uno de nuestros mejores generales de blindados» y a menudo contó con Raus en las situaciones críticas.

Debido a que había conseguido el mando de un ejército en un momento en que Alemania se había visto irremediablemente forzada a adoptar una estrategia defensiva, Raus se vio obligado a convertirse en un especialista de la guerra defensiva. Sin embargo, lo que lo hizo especialmente poco común fue que pese a haber hecho carrera como jefe de una división panzer, el austríaco evitó generalmente los más conocidos conceptos defensivos «móviles» o «elásticos» a favor de lo que él llamaría más tarde «tácticas de defensa de zona». Allí donde generales como Hermann

2. Destacamento de Ejército. Unidad con un tamaño comprendido entre el Cuerpo de Ejército y el Ejército (n. del t.).

Balck o Hasso von Manteuffel eran partidarios de enfrentarse a las penetraciones soviéticas mediante la puesta en marcha de fluidas operaciones móviles que temporalmente cedían terreno con el objetivo de aniquilar a las vanguardias blindadas enemigas y recuperar el territorio perdido, Raus prefería repeler tales penetraciones y mantener sus posiciones. No abogó ciegamente por nada que se pareciera a las infames órdenes de Hitler de «no ceder un palmo de tierra», pero pensaba que la relativa inmovilidad de las divisiones de infantería alemanas combinada con la escasez de divisiones panzer hacía las operaciones móviles a gran escala (como el «golpe de revés» de von Manstein) demasiado peligrosas para asumir el riesgo después de mediados de 1943.

Las preferencias operacionales de Raus lo convirtieron en el favorito de Hitler y Model, al ser uno de los pocos oficiales que genuinamente mostraban propensión a defender territorio antes que solicitar su abandono. Desafortunadamente para la reputación de posguerra del austríaco, ésto lo convirtió casi en un hombre invisible. Tal como David Glantz y otros historiadores han observado en repetidas ocasiones, entre finales de los años 40 y los 80, la visión Occidental de la guerra en Rusia se ha visto excesivamente influida por las memorias de oficiales alemanes como Heinz Guderian, Erich von Manstein y Friedrich-Wilhelm von Mellenthin. En ninguna de estas obras cruciales aparece Raus más que de manera fugaz. Guderian defendió a Raus cuando Hitler lo defenestró pero se abstuvo de narrar el hecho de que las relativamente exitosas operaciones defensivas del austríaco en Prusia Oriental se habían llevado a cabo en unos términos con los que «Heinz el rápido» había estado en profundo desacuerdo. Raus recibió un trato respetuoso, aunque de pasada, de von Manstein pero nada más, principalmente porque cuando Hitler destituyó a Hermann Hoth como jefe del Cuarto Ejército Panzer, Raus se convirtió en el beneficiario. En la famosa obra «Panzer Battles» de von Mellenthin, Raus es muy criticado (aunque no siempre nombrándolo) por su negativa a llevar a cabo la contraofensiva de Kiev o la defensa de Lvov en la misma manera en la que el autor o su ídolo Hermann Balck hubieran preferido. Cuando von Mellenthin escribió su siguiente obra sobre generales alemanes influyentes, omitió completamente a Raus.

A pesar de todo, el *Historical Program*³ del Ejército de los Estados Unidos ha tenido a Raus en alta estima y ha hecho de sus escritos el punto focal de varios estudios temáticos muy conocidos sobre la guerra contra la Unión Soviética. Raus está considerado como el principal autor

3. El *Historical Program* consiste en la iniciativa colectiva de una serie de organizaciones históricas del Ejército de los Estados Unidos para recopilar, registrar y preservar su Historia. El programa está dirigido por el US Army Center of Military History (n. del t).

de trabajos sobre improvisaciones militares, clima, tácticas de pequeñas unidades y otras cuestiones. Estos estudios han gozado de una larga e influyente trayectoria; primero en las escuetas series de cuadernillos del *DA* (Departamento del Ejército), luego en la reimpresión de una edición limitada y más recientemente en una amplia colección de reimpresiones editada por Peter Tsouras. La preservación de estos trabajos tal y como se publicaron originalmente ha sido vital tanto para mantener viva la visión alemana del conflicto como para surtir a un público moderno con acceso a documentos clave de la Guerra Fría aunque el volumen exacto de estos escritos realmente atribuible a Raus sigue constituyendo un problema. Lo que escapó, incluso a los biógrafos de Raus, es que el material subyacente era un resumen extraído de una memoria narrativa completa que abordaba la participación de Raus en la campaña rusa.

El manuscrito original permanece perdido e incluso es posible que ya no exista pero, tomando los extractos mayores que subyacen en el material ya publicado combinándolos con estudios inéditos y suplementándolos con el texto de varios artículos que Raus publicó en el *Allgemeine Schweizerische Militärzeitschrift*⁴, permiten reconstruir el documento casi de manera plena. Los lectores atentos detectarán diferencias en la sintaxis y traducción de esta memoria respecto de los extractos publicados con anterioridad. Los jóvenes oficiales que realizaron las primeras traducciones fueron —para ser caritativo— felices en su ignorancia de los cánones profesionales de traducción, demostrando un sorprendente desconocimiento de la terminología técnica de la Wehrmacht así como estando a menudo completamente perdidos en los matices de la gramática y la sintaxis de una lengua extranjera. La comparación de sus traducciones respecto del original en alemán a menudo arroja resultados sorprendentes, incluyendo oraciones enteras o párrafos cuyos significados han sido inintencionadamente interpretados (o eso espera uno) de manera contraria. Además, los editores recientes, condensando y revisando el material de estas traducciones para una publicación más pulida, se tomaron nuevas libertades con la narración suprimiendo secciones enteras o separando fragmentos largos para poder hacer varios cuadernillos.

Donde ha sido posible, la traducción ofrecida en los capítulos siguientes procede de los materiales del manuscrito alemán y trata de recuperar tanto el estilo como el sentir original de la pluma de Raus. Además, allí donde ha sido posible he incluido las denominaciones específicas de las unidades y los nombres de los comandantes, proveyendo las denominaciones de los lugares de manera consistente y secuenciando de nuevo

4. Revista General Militar Suiza (n. del t.).

varias partes de su relato de los últimos días de la guerra para facilitar su lectura. Esta porción del trabajo original, hasta ahora irrecuperable, parece ser principalmente material de transición o marco, donde podría presumirse que Raus pretendiera encuadrar las operaciones que dirigió dentro de una mayor perspectiva de la guerra. La única laguna de importancia en estas memorias es una extensa cobertura del papel de la 6ª División Panzer en el avance final alemán sobre Moscú en los meses de noviembre y diciembre de 1941. El pequeño fragmento de relato recuperado ha sido complementado con material del diario de guerra de la 6ª División Panzer. Hay otra laguna cuando a mediados de 1942 la 6ª División Panzer abandonó Rusia por un periodo de seis meses para su reorganización en Francia pero no parece afectar de manera notable al discurrir general del documento.

En su ámbito y valor como fuente histórica, la memoria de Raus rivaliza y potencialmente eclipsa a las de Guderian, von Manstein y von Mellenthin. Erhard Raus fue un escritor ameno y con un agudo ojo táctico, su narrativa es mucho más legible y menos interesada que la de Guderian. Su trabajo es en gran medida una pieza del periodo de la Guerra Fría, en el que la percepción general era que los alemanes lucharon duro pero honorablemente contra las malévolas hordas soviéticas. (No obstante, Raus admite que los alemanes ejecutaron comisarios lo que significa que la controvertida orden para llevarlo a término llegó, de hecho, al menos a nivel de división). En ocasiones Raus no es preciso en su cronología y sus anécdotas confunden ocasionalmente acontecimientos similares, personas y unidades pero estas discrepancias menores no tienen apenas influencia en la importancia histórica de estas memorias.

La principal limitación —y mayor fortaleza— de la memoria de Raus es su foco casi exclusivo en el aspecto táctico de la guerra. Los lectores no encontrarán los bocetos de personajes o extensos análisis de von Manstein o Model o los extensos resúmenes de «la situación general» de la guerra en otros sectores. Muchos oficiales subalternos que libraron sus pequeñas e intensas batallas en poblaciones rusas sin nombre permanecen anónimos, conocidos solo a través de sus acciones. Aún con todo, el constante foco en los combates de pequeñas unidades (incluso cuando Raus mandaba un Ejército) proporciona un mayor entendimiento de las tácticas de armas combinadas del ejército alemán que casi cualquier otro relato disponible en inglés o alemán. Como tal, estas memorias constituyen una fuente histórica de valor incalculable además de una excelente lectura en todo caso.

Capítulo 9

Belgorod y Kharkov

La ruptura soviética en Belgorod, 23 de Julio – 8 de Agosto

EL CALOR DEL VERANO TODAVÍA SECABA LOS campos empapados de sangre a lo largo de las orillas del alto Donets cuando las cuatro agotadas divisiones del XI Cuerpo (106, 168, 198 y 320 Divisiones de Infantería) volvieron el 22 de julio a sus antiguas y bien fortificadas posiciones de ambos lados de Belgorod. En la ofensiva de «Ciudadela» estas divisiones habían librado duros combates, que continuaron durante la mayor parte del mes y en los que sufrieron grandes pérdidas. El poder combativo había decrecido a un 40 o 50 por ciento del prescrito en las tablas organizativas, y en el caso de algunos regimientos de infantería las condiciones eran incluso peores. Tampoco podían estas divisiones esperar recibir ningún reemplazo en un largo periodo de tiempo.

Por otra parte, la rotura de contacto con los rusos se realizó sin problemas. Incluso la cabeza de puente de Belgorod, que defendía el XI Cuerpo como última unidad combatiente alemana al este del río Donets, fue evacuada con facilidad. Las divisiones de fusileros del Ejército Rojo, que habían sido derrotadas poco tiempo antes, no entendieron por qué los alemanes estaban retirándose voluntariamente, y por tanto, sospecharon. Estos recelos no estaban injustificados, ya que muchas de la retiradas alemanas eran seguidas de un ataque sorpresa que causaba estragos en las fuerzas soviéticas. Esta vez, sin embargo, la retirada fue auténtica, sin ningún tipo de treta y respondía solamente al deseo de interceptar el contraataque de las todavía intactas reservas estratégicas soviéticas en

una línea fortificada de frente más corta.

El 5 de agosto de 1943¹, después de que la artillería soviética hubiera efectuado una intensa preparación artillera de una hora de duración, comenzó la ofensiva enemiga a lo largo de la carretera Belgorod-Kursk, con el inequívoco objetivo de avanzar a través del saliente de Belgorod, donde se hallaba la zona de unión entre el Cuarto Ejército Panzer y el *Armeeabteilung* Kempf y, por tanto, dislocar enteramente la línea defensiva. En esto los rusos lograron un éxito completo. La intensa preparación de su artillería alcanzó a la 167 División, que había tomado posiciones en una antigua zanja anticarro soviética situada unos pocos kilómetros por delante de la línea fortificada. En poco tiempo las masas de carros de combate del Ejército Rojo cruzaron esta zanja y para mediodía dejaron atrás el puesto de mando del Cuerpo y se derramaron en la profundidad de las posiciones alemanas, disparando todo el tiempo sobre nuestras tropas de intendencia en retirada. A la mañana siguiente [6 de agosto], tras una marcha forzada nocturna, las vanguardias rusas habían alcanzado las posiciones del sorprendido cuartel general del Cuarto Ejército Panzer en Bogodukhov. Debido a que el ejército del coronel general Hermann Hoth no tenía reservas disponibles para cerrar la brecha de diez kilómetros en su frente entre Tomarovka y Belgorod, o incluso para detener la avalancha de carros de combate enemigos que habían penetrado a una profundidad de hasta 100 kilómetros, las vanguardias rusas llegaron al área situada al noreste de Poltava y Akhtyrka el 7 de agosto. [Estos y otros acontecimientos ilustran] la peligrosa situación en la que estos sucesos pusieron al XI Cuerpo, que había estado combatiendo con su frente orientado hacia el este.

Durante el primer día de la ofensiva soviética, el XI Cuerpo había sido atacado en la retaguardia por fuerzas blindadas enemigas situadas a treinta kilómetros de profundidad de nuestras posiciones. Estas fuerzas de carros ejercieron simultáneamente una aplastante presión sobre nuestro desprotegido flanco izquierdo. En este momento crítico el XI Cuerpo no solo había quedado a su suerte, sino que además se había visto perjudicado por una Orden directa del Führer que había llegado en el último minuto y que insistía en que Belgorod debía mantenerse bajo cualquier circunstancia.

El frente del Cuerpo formaba ahora un profundo saliente en territorio

1. Se refiere al inicio de la Operación Rumiantsev, la ofensiva soviética desencadenada el 3 de agosto de 1943 que finalizó con la captura de las ciudades de Belgorod y Kharkov (cuarta batalla de Kharkov). Los alemanes quedaron sorprendidos de la capacidad de recuperación soviética que lanzó una gran ofensiva apenas diez días después de finalizar las operaciones en la batalla de Kursk, en la que habían sufrido grandes pérdidas. Para profundizar en esta cuestión ver el capítulo dedicado a Rumiantsev en *Decisión en Ucrania*, George Nipe, Ediciones Platea (n. del t.).

enemigo, que podría haber degenerado en un cerco completo como destino final. Esto hubiera supuesto una ampliación de la brecha ya existente entre Belgorod y Tomarovka de entre veinticinco y ochenta kilómetros, y la pérdida inmediata de varias divisiones. En vista de las limitadas fuerzas del XI Cuerpo, hubiera sido un error intentar cerrar la brecha mediante la ampliación del sector del mismo, no era posible un plan semejante, ya que los rusos mantenían su presión sobre todo el frente. Por el contrario, debíamos mantener nuestras fuerzas juntas y formar un sólido dique contra las numéricamente superiores fuerzas soviéticas.

Con estas consideraciones influyendo decisivamente en la conducción de las operaciones, opté, a pesar de la orden de Hitler, por emprender acciones dilatorias en sucesivas posiciones hasta que la retirada alcanzase Kharkov, y luego defender la ciudad. Por tanto, el XI Cuerpo debía levantar un frente orientado hacia el norte para proteger su flanco izquierdo contra un envolvimiento enemigo, mientras que el flanco derecho quedaba anclado en el Donets. Debíamos resistirnos a la súbita tentación de detraer fuerzas del sector oriental de frente del XI Cuerpo a lo largo del río Donets y emplearlas (con su frente invertido) a lo largo del río Lopan para proteger nuestra retaguardia. El frente del Donets no solo era muy largo, además estaba pobremente defendido; detraer cualquier fuerza de aquel lugar avocaría a ese sector al desastre aún en el caso de que los rusos se limitaran a llevar a cabo ataques de diversión. Puesto que la creación de tal debilidad hubiera implicado una condena para el XI Cuerpo, debían intentarse otras medidas.

Las únicas unidades que tenía inmediatamente disponibles eran los restos de la 167 División de Infantería, que había quedado separada del Cuarto Ejército Panzer durante la ruptura del frente (unos 500 soldados maltrechos sin artillería ni armas pesadas) y la debilitada 6ª División Panzer, cuyos hombres, pese a tener solo diez carros de combate, conservaban una alta moral. Al haber quedado ambas divisiones aisladas de su propio cuartel general superior, asumí inmediatamente el mando sobre las mismas y las utilicé para levantar una pantalla defensiva a lo largo del río Lopan. Durante la noche del 5 al 6 de agosto ordené a la 168 División de Infantería (desplegada a la izquierda del Cuerpo y sometida a gran presión al norte de Belgorod) que pivotase 180 grados sobre Belgorod. Evacuamos la ciudad tras una intensa lucha callejera y ocupamos una nueva línea defensiva (que había sido preparada en el terreno elevado situado inmediatamente al sur de Belgorod). Esta maniobra puso a la división en disposición de unirse a los otros elementos mencionados más arriba de cara a proteger nuestra retaguardia; también reforcé a esta 168 División de Infantería con una compañía de Pz VI *Tiger* y otra de caño-

nes de asalto Stug III, sumando en total una fuerza de veinticinco vehículos blindados. Apoyados por sus cañones contracarro y por este puñado de blindados, las dos débiles divisiones (apoyadas por el *kampfgruppe* de la 167 de Infantería) resistieron todos los ataques de la infantería rusa, que estuvo apoyada por gran número de aviones de ataque al suelo y al menos 150 carros de combate.

En el alargado y amenazado sector sur a lo largo del río Lopan el XI Cuerpo tuvo que improvisar rápidamente fuerzas de combate procedentes de las instalaciones terrestres de la Luftwaffe, y de todas las unidades de servicios e intendencia. Con la ayuda de las baterías flak de 88 mm de la Luftwaffe de los 7º y 48 Regimientos Flak, que fueron empleados exclusivamente contra los carros de combate rusos a pesar de las continuas incursiones aéreas enemigas, estas unidades improvisadas lograron evitar que los soviéticos pivotaran sus tropas contra la *rollbahn* Kharkov-Belgorod y se deslizaran por la retaguardia de nuestro frente en el río Donets. En la mañana del 8 de agosto, sin embargo, los carros de combate del Ejército Rojo lograron penetrar las posiciones de la 168 División de Infantería y afianzarse sólidamente en la orilla oriental del río Lopan. Solamente un contraataque inmediato efectuado por la 6ª División Panzer rechazó al enemigo y eliminó la amenaza. Esta vez, por el margen más estrecho, los acontecimientos habían jugado a nuestro favor.

Mientras tanto, las fuerzas blindadas soviéticas arremetiendo más hacia el sur habían logrado cruzar el río Lopan en otro lugar, desde el que avanzaron inmediatamente hacia la crucial *rollbahn* Belgorod-Kharkov. Por una afortunada coincidencia el 905 Batallón de Cañones de Asalto se había apresurado desde el área de Kharkov, y sus cuarenta y dos Stug III embistieron a los grupos de carros enemigos que habían cruzado el río, destruyéndolos uno tras otro. Tras esta victoria, el 905 Batallón de Cañones de Asalto se convirtió en la única reserva táctica móvil del XI Cuerpo.

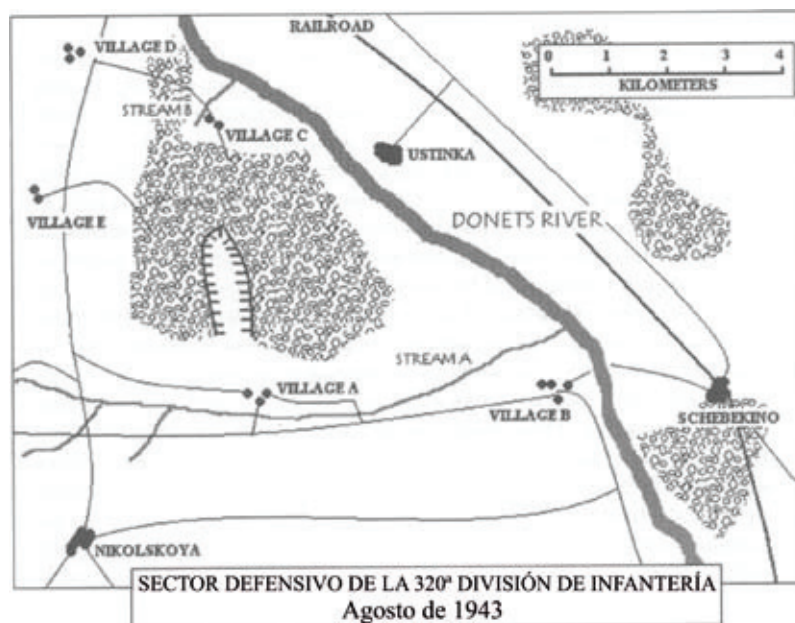
Batallas a lo largo del río Donets, 31 de Julio – 9 de Agosto

Los regimientos de la 320 División de Infantería del mayor general Georg Postel fueron situados aproximadamente a treinta kilómetros al sur de Belgorod, en las colinas que se extienden a ambos lados del valle del riachuelo A——, a través del cual transcurría una carretera al oeste de la gran *rollbahn* Belgorod-Kharkov, y los de la 106 División de Infantería del teniente general Werner Forst mantenían posiciones directamen-

te al norte de ellos. [Al escribir este fragmento del manuscrito parece que Raus no disponía de los nombres de varias villas y riachuelos; éstos se denominarán en esta obra con las mismas designaciones de letras que él utilizó. —S.H.N.]. Cualquier avance ruso a través de este valle interrumpiría rápidamente esta vital línea de comunicaciones, lo que implicaba una gran responsabilidad de los batallones estacionados a ambos lados del valle a la hora de prevenir tales incursiones.

Nuestra retirada táctica a la orilla oriental del Donets el 22 de julio había sorprendido tanto a los soviéticos en este sector que solo se acercaron cautelosos e inquietos al río el 23 de julio. En el sector de la 320 División de Infantería la orilla occidental del Donets era mucho más elevada que la oriental, particularmente en la confluencia del riachuelo **A**—— con el río, y el terreno era pantanoso y estaba cubierto de cañaverales. El Donets no era vadeable en ningún punto y parecía obvio que los rusos lo iban a tener difícil para forzar un cruce en este lugar. Durante el día probablemente pudieran esconderse a lo largo de la orilla oriental en los restos arruinados del laberinto de trincheras que quedaba de sus antiguas posiciones y en los innumerables cráteres de proyectiles, pero no podrían moverse en campo abierto sin ser detectados y sometidos al fuego de los defensores alemanes.

Las armas de la 320 División de Infantería, desde sus bien ocultas posiciones de búnkeres, controlaban el valle del río Donets (que estaba al mismo nivel a lo largo de toda su extensión de tres o cuatro kilómetros) tan efectivamente que era imposible para el enemigo preparar un ataque a plena luz del día. Desplegamos nuestra artillería y armas pesadas en las colinas situadas al suroeste de la villa **B**, emplazándolas y apuntándolas con miras a cero en el lugar de un antiguo puente, y disponiéndolas para que pudieran efectuar fuego nocturno. La Cresta 675, que ofrecía una excelente visibilidad hacia el este, había sido transformada en un bastión virtualmente inexpugnable. Reducto a prueba de proyectiles, profundos refugios y túneles de comunicación protegían a las dotaciones de los cañones del fuego de contrabatería ruso. Las salidas de los túneles que miraban al río habían sido expertamente camufladas, con emplazamientos de ametralladoras en las mismas para dominar el río en caso de que el enemigo intentara un cruce nocturno. Estos campos de fuego no solo cubrían el lugar potencial de cruce, también batían las áreas de concentración y las rutas de acceso a ambas orillas del Donets. Los datos de registro del tiro para estas armas habían sido calculados y comprobados cuidadosamente y se habían emplazado reflectores a lo largo de la cresta para iluminar el área avanzada contigua. Los rusos carecían de un conocimiento específico de estos meticulosos preparativos pero eran



plenamente conscientes de que nuestras tropas habían disfrutado de una gran oportunidad para mejorar sus defensas. Como resultado, durante los largos días de verano de finales de julio se impuso un silencio sepulcral en el reluciente desierto de arena bañado por el sol de la orilla oriental del Donets.

Durante las cortas noches, sin embargo, había una frenética actividad. Primero, los exploradores rusos buscaban lugares de cruce idóneos a lo largo de la orilla del río. Luego, pequeños grupos de soldados enemigos aparecían en la orilla occidental para reconocer nuestras defensas y hacer prisioneros. Para este fin aplicaron un método que ya habían utilizado con éxito frecuentemente en ocasiones anteriores. Los exploradores rusos se deslizaban en la oscuridad hasta un centinela alemán y esperaban, a menudo durante horas, el momento idóneo para reducirlo. Cuando lograban hacerlo, amordazaban de inmediato a la sorprendida víctima, ataban sus brazos y piernas con cuerdas y hacían un nudo alrededor de sus tobillos por el que era a menudo arrastrado sobre una distancia de varios cientos de metros hasta la trinchera soviética más cercana. Tales abducciones se llevaban a cabo en completo silencio. Solo las huellas descubiertas a la mañana siguiente indicaban la dirección en la que habían sido arrastradas las víctimas.

El único método posible para proteger a nuestras tropas contra esta

inhumana forma de secuestro consistía en un incremento del número de patrullas de seguridad y centinelas, requiriéndose que los centinelas mantuvieran un contacto constante entre sí, estableciendo obstáculos con dispositivos de alarma, tendiendo campos de minas y utilizando perros guardián. Estos perros, como los setters, indicaban inmediatamente cada movimiento en las inmediaciones de un centinela y atacaban a los rusos que se deslizaban o que acechaban emboscados. A pesar de estas precauciones, el aguante y el ingenio de los soldados del Ejército Rojo demostró ser sorprendente. Incapaces de llevar a cabo sus intenciones la primera noche, continuaban acechando a nuestros centinelas cada noche siguiente hasta que lograban prender una víctima. Si descubrían nuestras contramedidas las evitaban y se marchaban a buscar otro lugar más propicio para llevar a cabo sus intenciones, continuando la búsqueda de tal sitio sin descanso hasta que lo encontraban. A menudo se veían recompensados por el descuido de un centinela alemán, que inmediatamente identificaban y explotaban. En esta extraña y brutal manera los soviéticos desplegados en el Donets lograron (como hicieron en otras muchas ocasiones) obtener una valiosa información referente a los detalles de nuestras defensas. De esta manera, concluyeron que las posiciones de la 320 División de Infantería estaban debilitadas debido a la escasez de tropas, y que esto era particularmente cierto en la colina cubierta de árboles del sector norte del riachuelo A——.

Como resultado de estas acciones de inteligencia, el enemigo seleccionó este punto para su primer intento de cruce del río. Afortunadamente, los hombres del batallón allí desplegado habían permanecido vigilantes. Habían identificado y minado los accesos que utilizaban las partidas de exploración rusas y habían ajustado sus ametralladoras y morteros a los puntos de cruce utilizados por estas partidas, de manera que las armas estaban listas para hacer fuego nocturno. Así, preparados, se mantuvieron alerta sobre el río durante la noche del 31 de julio al 1 de agosto. Como esperaban, justo antes del amanecer, varias compañías de tropas del Ejército Rojo aparecieron y comenzaron a cruzar el Donets por tres puntos previamente reconocidos, utilizando equipo improvisado. Las minas que estallaron y mataron a los primeros soldados rusos en llegar a la orilla occidental los cogieron totalmente por sorpresa. Las compañías cercanas al río en la orilla oriental fueron sometidas al intenso fuego previamente registrado de ametralladoras y morteros, lo que provocó que se dispersaran en pánico con grandes pérdidas. Nuestra artillería finalizó el trabajo bombardeando y destruyendo el equipo de cruce de ríos abandonado tan pronto como salió el sol.

El general Postel y sus tropas no cometieron el error de pensar que

los rusos abandonarían su intención de forzar un cruce en este lugar tras haber sufrido un único revés. Al contrario, éstos repitieron el ataque en la noche del 1 al 2 de agosto en los mismos sitios, empleando mayores fuerzas y nuevo equipo. El general Postel decidió no interferir inmediatamente, sino liberar un mazazo en el momento más oportuno. Impartió instrucciones de que a sus órdenes varias baterías dispararan masivamente sobre el lugar en que se tendía el puente para aplastar las construcciones una vez que hubieran progresado lo suficiente. En un instante previamente concertado, justo antes de media noche, todos los cañones dispararon simultáneamente sobre la ubicación del puente, y luego cesaron tan abruptamente como habían comenzado. Desde la cresta los observadores atisbaron en la orilla oriental del río la silueta de una extraña maraña de vigas y pilares con la parpadeante luz de la madera incendiada. El puente, parcialmente completado, era un amasijo en medio del cual los hombres heridos pedían ayuda a gritos mientras sombras y figuras escurridizas (presumiblemente sanitarios médicos) se movían entre ellos.

Apenas había pasado media hora cuando nuestros observadores informaron de que se había reanudado la construcción a plena actividad. Los continuos sonidos de martillos y sierras indujeron al general Postel a ordenar otra concentración de fuego poco después de la medianoche. El resultado fue igualmente devastador, aunque esta vez a los estallidos de nuestros proyectiles les siguió el silencio, un silencio interrumpido solo por las explosiones de depósitos de munición que se incendiaron tras encajar impactos directos. Aún así, los incendios se apagaron pronto, y tras solo un breve intervalo los rusos reanudaron otra vez sus esfuerzos como si nada hubiera ocurrido. Obviamente, el oficial al mando en la orilla opuesta tenía órdenes tajantes de que su puente debía completarse antes del amanecer.

Para frustrar esta intención sin consumir munición, el general Postel ordenó que una batería de obuses de 210 mm llevara a cabo un fuego intermitente de hostigamiento sobre el lugar de construcción del puente. Una observación rápida confirmó que los proyectiles habían caído muy cerca de su objetivo. Tras una hora de fuego de hostigamiento el patrón de respuesta soviético quedó claro. Cuando un disparo provocaba daños de importancia causaba una detención prolongada en los trabajos, pero cuando caía en las cercanías el martilleo se reanudaba de inmediato. El general Postel concluyó, por tanto, que en esas circunstancias los rusos todavía podrían lograr completar el puente para el amanecer, a pesar del fuego de hostigamiento.

Entonces decidió emplear algunas de nuestras ametralladoras ocultas para barrer el lugar de construcción con ráfagas en cortos intervalos. A

juzgar por los gritos de aquellos que resultaban alcanzados, y por la inmediata suspensión de la operación de construcción del puente, el preciso fuego rápido de estas armas había provocado un efecto devastador. Aún así, los rusos siguieron intentando continuar con los trabajos de construcción, pero las grandes pérdidas sufridas los obligaron a ralentizar la obra y finalmente a abandonarla enteramente.

Nuestros obuses pesados reanudaban el fuego de hostigamiento a intervalos periódicos para desalentar a los soviéticos de reiniciar su proyecto y para completar la destrucción. Solo al amanecer pudieron nuestros observadores obtener una visión real de los resultados alcanzados durante las horas de oscuridad. Un espectáculo terrorífico se presentaba a primera vista. Vigas astilladas apuntaban hacia el cielo, colgando grotescamente entremedio los cuerpos de los bravos que habían despreciado a la muerte en su esfuerzo por cumplir la misión. Aún más cuerpos destrozados se esparcían en un amplio círculo alrededor del lugar de construcción del puente o yacían parcialmente sumergidos en los hoyos de lodo formados por los cráteres de las explosiones. Vehículos aplastados, caballos muertos y toda clase de munición y equipo inundaban el área. Los rusos vivos, por otra parte, parecían haberse desvanecido del escenario de su fracaso.

No obstante, un único grupo pequeño logró escapar de la destrucción aferrándose a la escarpada pendiente de la orilla occidental, donde nuestro fuego no podía alcanzarlos. Sin embargo, durante las horas de luz del día del 2 de agosto, patrullas de combate de la 320 División de Infantería rechazaron a este grupo hasta una ciénaga cercana y aún con el barro a la altura de sus pechos y con las cañas ofreciéndoles escasa cobertura, este puñado de soldados del Ejército Rojo siguieron luchando y resistiendo hasta que cayó otra vez la oscuridad. Para asombro de los defensores alemanes, al amanecer del día 3 de agosto no solo este grupo de aguerridos rusos ocupaba aún su porción de ciénaga, sino que habían sido reforzados. Una o dos «compañías de pantanos» habían tomado posiciones a su lado. Esto era algo que los alemanes u otros europeos no hubieran hecho nunca. La ciénaga estaba situada en la orilla occidental justo enfrente de la posición del valle, a 300 metros del río. Los oficiales al mando de los batallones y regimientos del general Postel habían elegido llevar a cabo la defensa desde la posición del valle precisamente porque consideraban que la ciénaga que tenían enfrente era un buen obstáculo para cualquier intento enemigo de cruzar el río. Ninguno de estos oficiales (y ningún jefe alemán en una situación similar) hubiera pensado en desplegar a sus hombres en la ciénaga para llevarlos más cerca del río.

En cambio, los rusos vieron el terreno pantanoso como una oportuni-

dad de afianzarse en la orilla occidental y, por tanto, formaron una «cabeza de puente de ciénaga», poniendo a sus tropas en una situación que los defensores alemanes no envidiaban ciertamente. Nuestra infantería consideraba francamente imposible que los rusos pudieran permanecer en la ciénaga durante un largo periodo de tiempo. Un observador situado en la torre de una iglesia cercana tenía una excelente vista de toda la cabeza de puente de la ciénaga y vio con incredulidad como las cabezas y cascos de los defensores soviéticos, con sus cuerpos ocultos por las cañas, aparecían y desaparecían como tapones de botellas de champán. Los rusos descansaban sus fusiles en las horquillas de las ramas o en tablas y permanecían listos para disparar en todo momento. Por su lado, los sapos de la ciénaga descasaban y croaban tranquilamente su monótona canción de la tarde como acompañamiento al comportamiento del enemigo, que parecía insensible a nuestras tropas. Aún así, creíamos que los rusos debían de haber tomado esta decisión como parte de un plan. ¿Qué podría ser? Solo los acontecimientos posteriores contestarían a esta pregunta.

Aparentemente frustrados en esta tentativa de cruce, los rusos cambiaron tanto la escena de acción como su método de ataque. Parecía claro para nuestros oficiales que los soviéticos llegaron a la conclusión de que les había ido muy mal en la ciénaga, o no hubieran abandonado este eje de ataque después del segundo intento. Cambiar o abandonar un plan una vez que ha sido adoptado no era una característica del modo ruso de pensar, y cuando eso ocurría, siempre lo considerábamos una indicación de que el enemigo había llegado a la conclusión de que había sufrido una severa derrota.

En consecuencia, en la tarde del 3 de agosto, el enemigo seleccionó entonces al batallón inmediatamente contiguo hacia el norte como objetivo de su siguiente ataque. Este sector cubría un grupo de colinas boscosas en un área donde su elevación variaba en gran medida, permitiendo solo un campo de visión limitado debido a la densa maleza. El extremo oriental de estas colinas, de treinta a cincuenta metros de altura y situado a lo largo de la orilla occidental del Donets, proporcionaba a nuestros defensores buena visibilidad y la oportunidad de utilizar sus armas efectivamente. Sin embargo, los hombres del batallón sabían por su experiencia anterior que una vez que los soviéticos pusieran un pie en los bosques (que eran difíciles de defender) sería casi imposible desalojarlos.

Tras dos años de combates sabíamos que el único método efectivo de expulsar a los soldados del Ejército Rojo de una espesura como ésta suponía el uso masivo de tropas o recurrir a medios extremadamente radicales como lanzallamas, carros lanzallamas o el incendio del bosque. A menudo se hizo necesario cercar y destruir a los rusos en los bosques

en combates a corta distancia, lo que necesariamente provocaba severas pérdidas en ambos bandos. La tenacidad rusa sobrepasaba cualquier límite previamente conocido en otros teatros de operaciones. En particular, el peligro de quedar envueltos en una lucha por estos bosques era muy grande debido a que nuestra línea estaba muy débilmente guarnecida. La ofensiva de Ciudadela había dejado a nuestras compañías de primera línea con apenas la mitad de su poder de combate teórico, y no disponíamos de las reservas adecuadas en la retaguardia. En el mejor de los casos el batallón tenía que confiar en unas pocas patrullas de combate bien entrenadas y en la escasa reserva regimental (una compañía de sesenta hombres) para eliminar cualquier penetración. Incendiar esos árboles jóvenes con sus verdes hojas hubiera sido imposible. Por lo tanto, los oficiales en esta situación miraron al futuro con gran preocupación. Sabían que tendrían que colapsar el ataque ruso frente a su línea de frente principal. De otro modo nos arriesgábamos a la pérdida de la zona de la colina arbolada, que haría las veces de una excelente área de concentración para el reagrupamiento de los soviéticos de cara a un potente ataque sobre nuestra posición. Solo la artillería divisional de la 320 de Infantería (que era poderosa y estaba todavía intacta) y la Luftwaffe nos permitieron frustrar el plan enemigo. Ambos hicieron todo lo que pudieron.

Tan pronto como los rusos prepararon su primer equipo de cruce de riachuelos en los sauces y cañaverales lo identificaron nuestros observadores, permitiéndonos destruirlo con la artillería a pesar de su excelente ocultación. Los aviones de reconocimiento también divisaron trincheras densamente ocupadas en las cercanías del Donets. Poco tiempo después, llegaron al teatro de operaciones las alas de bombarderos de la Cuarta Luftflotte y aplastaron las concentraciones avanzadas de tropas enemigas y armas pesadas en un ataque continuo oleada tras oleada. Incluso las baterías soviéticas (que habían ajustado previamente su fuego para disparar sobre nuestras posiciones del extremo de las colinas) quedaron silenciosas por miedo no solo a los bombarderos alemanes sino, incluso más, por terror a la batería de obuses de 210 mm del I Batallón del 213 Regimiento de Artillería agregado a nuestras unidades adelantadas. Esta batería había determinado con precisión la localización de los cañones de apoyo rusos mediante la detección por sonido y fogonazos y los sometió a un preciso y efectivo bombardeo antes de que pudieran cambiar de posición. Este éxito provocó una posterior retirada e incrementó la cautela (se podría decir la timidez) por parte de la artillería rusa, lo que contribuyó sustancialmente a aminorar su efectividad.

Por otra parte, el fuego periódico por sorpresa de los *Stalinorgeln* enemigos demostró ser extremadamente molesto. Estas lanzaderas de co-

hetes cambiaban su posición inmediatamente después de disparar cada andanada y por tanto no podían ser bombardeadas por la artillería de la 320 División de Infantería. Solo después de que nuestros observadores de artillería determinaran que las baterías de cohetes tomaban posiciones repetidamente, en sucesión irregular, en los mismos tres o cuatro cruces de carretera, logró la artillería alemana silenciarlas. Cada una de las baterías disponibles de los II, III y IV Batallones del 320 Regimiento de Artillería, además de la batería de obuses de 210 mm agregada, ajustó su fuego sobre cada una de las posiciones conocidas de las lanzaderas de manera que todas ellas pudieran ser bombardeadas simultáneamente por un diluvio de fuego tan pronto como las lanzaderas dispararan una andanada. El fuego de al menos una de las baterías emboscadas acertaría en el blanco de forma directa y, de hecho, muchas lanzaderas fueron inutilizadas utilizando este método. Las dotaciones de las lanzaderas supervivientes cesaron el movimiento de sus vehículos en campo abierto y no pudieron disparar con tanta libertad sobre nuestra infantería. De esta forma, las lanzaderas de cohetes dejaron de ser una amenaza, demostrando esta solución táctica una vez más el viejo proverbio que dice que «la necesidad es la madre de la inventiva».

Solo después de este incidente disfrutaron las tropas de un breve periodo de quietud, que resultó ser el plácido interludio antes de la tormenta, pues los rusos decidieron entonces capitalizar su pericia en operaciones nocturnas. La infantería y las armas pesadas de infantería del general Postel intentaron en vano estorbar o desarticular, mediante fuego de hostigamiento, los nuevos preparativos para un cruce nocturno del Donets. Esta vez los rusos pretendían probar su suerte en dos puntos simultáneamente. En concordancia con el carácter ruso, el primero de ellos era el lugar donde habían sufrido la derrota el día anterior. Y al mismo tiempo, nuestros observadores también detectaron un enérgico ajetreo, el sonido de troncos cayendo y el ruido de equipo pesado varios kilómetros al sur, en un lugar en el que un puente de carretera había cruzado anteriormente el río. Se hizo rápidamente obvio que los soviéticos pretendían, no solo cruzar, sino tender un puente sobre el río, y que este era el sitio donde debía esperarse su principal esfuerzo. Nuestras tropas pasaron una agotadora y tensa noche, sabedores los hombres de que los rusos planeaban lanzar todo su potencial de efectivos y equipo a la inminente batalla con el objetivo de alcanzar un rápido desenlace, incluso aunque solo fuera por el demoledor peso de los números.

Con la primera luz del amanecer del 4 de agosto, baterías del Ejército Rojo reubicadas lanzaron andanada tras andanada a través del Donets devastando las posiciones y búnkeres del batallón desplegado hacia el

norte a lo largo del extremo de las colinas. Para cuando todas las baterías ligeras enemigas y gran número de morteros pesados emplazados en las trincheras se hubieron unido al bombardeo, éste tomó las proporciones de un verdadero aquelarre. Concentrado en un área pequeña, este fuego «infernol» demolió todas las instalaciones defensivas y refugios de la posición. Los troncos aplastados y desarraigados de los árboles cubrían el terreno, haciendo todo movimiento imposible para los defensores alemanes supervivientes, que solo podían acurrucarse resignadamente en cráteres de explosiones y esperar el inevitable asalto de la infantería rusa.

Al fin, después de que la preparación hubiera estado tronando durante cerca de dos horas, los proyectiles enemigos comenzaron a silbar sobre las cabezas de los defensores hasta una posición situada en su retaguardia. Apenas habían percibido nuestras tropas este cambio de fuego cuando aparecieron los primeros infantes soviéticos, pero tras la paralizante espera bajo el enervante fuego, la oportunidad de pelear llegó como un bienvenido alivio. Las ametralladoras comenzaron a disparar descargas cerradas sobre los atacantes, las metralletas comenzaron a repiquetear y las granadas de mano a volar de un lado a otro. Todos estos sonidos fueron rápidamente apagados, sin embargo, cuando comenzó el bombardeo artillero alemán. El fuego concentrado del 320 Regimiento de Artillería y las baterías agregadas enviaron al aire barro y columnas de agua, machacaron el equipo de cruce enemigo e infligieron unas bajas terribles en sus fuerzas.

En cualquier caso, los rusos lograron de algún modo cruzar varias compañías de fusileros a través del río, en gran parte porque nuestras defensas habían dejado de ser compactas. El devastador fuego preparatorio soviético había abierto grandes brechas en las defensas de la 320 División de Infantería, que ya desde un principio estaban débilmente guarnecidas. Las tropas de asalto del Ejército Rojo penetraron pronto por estas brechas y cercaron varias bolsas de resistencia, aunque estas posiciones aisladas ofrecieron la más desesperada resistencia. Las tropas alemanas que así luchaban podían oír los vítores de las tropas enemigas mientras se adentraban más y más en sus propias áreas de retaguardia; su destino parecía sellado. Aún así, cercados, nuestros soldados resistieron en sus posiciones incluso en esta aparente situación sin esperanza, aferrándose a la posibilidad de que destacamentos de las unidades adyacentes o de las reservas del regimiento fueran a su rescate. Hasta que esto sucediera, sin embargo, estaban a su suerte; cada hora parecía una eternidad.

De repente, hacia su retaguardia, se abrió fuego de ametralladora en el bosque, fácilmente reconocible por su altísima cadencia de disparo. Rápidamente, se unió el distintivo repiqueteo de las metralletas, silabando

las balas sobre las posiciones en erizo de los defensores. Las andanadas de granadas de mano comenzaron a explotar, y un conmovedor «¡Hurra!» retumbó sobre el estruendo de una brutal lucha en el bosque.

«¡Nuestras reservas están atacando!», se gritaron unos a otros los hombres cercados al tiempo que sus corazones se aceleraban. «¡Ya vienen, ya vienen!», en poco tiempo los primeros grupos de rusos podían distinguirse en plena huida a través de los árboles, y su número se fue incrementando. Aquí y allí la lucha se reavivó de nuevo a corta distancia pero amainó casi tan rápidamente. Las fuerzas que rodeaban a nuestras aisladas tropas decrecieron rápidamente a medida que fueron uniéndose a la riada de la huida.

Pisándoles los talones les seguían los rescatadores, encabezados por una patrulla de combate pesadamente armada, para el mediodía toda la posición estaba de nuevo en manos alemanas. Esta vez todavía había sido posible eliminar la penetración soviética mediante el uso de las últimas reservas locales, evitando así el desastre. Sin embargo, a pesar de que los rusos habían sufrido severas pérdidas, se aferraban tenazmente a la estrecha franja de la orilla occidental. Mantenían este estrecho trozo de terreno gracias casi enteramente al peso de su artillería, que ahora extendía una cortina protectora de fuego. Tal acción indicaba claramente que el enemigo pretendía llevar refuerzos y reanudar su ataque.

Los rusos asaltaron la rehecha línea alemana esa misma tarde, programando su ataque para coincidir con un ataque más al sur, que acaparó los principales esfuerzos de nuestra artillería y apoyo aéreo. Para repeler este nuevo ataque, no había más reservas disponibles y los soviéticos lograron efectuar una profunda penetración en los bosques. Solo el empleo de la reserva divisional (alrededor de una docena de cañones de asalto y una compañía de ingenieros de combate de 100 hombres) logró detener el avance ruso en el extremo occidental de un barranco que atravesaba el bosque de norte a sur. Afortunadamente, una serie de caminos forestales y estrechas veredas a través de los bosques facilitaban el movimiento de los cañones de asalto, que, en cooperación con la compañía de ingenieros, proporcionó un apoyo clave a las unidades dispersas en retirada del maltrecho batallón de infantería. Nuestros soldados detuvieron la huida y se reagruparon a lo largo del borde del barranco, que tenía unos cuantos metros de profundidad, y se situaron convenientemente en una línea defensiva improvisada. Allí, el batallón se preparó para resistir y, con la ayuda de los cañones de asalto y los ingenieros, frustró el intento ruso de cruzar dicho barranco. Cada vez que aparecía una ametralladora soviética sobre el borde opuesto del barranco nuestros observadores la identificaban tan pronto como abría fuego, y un mortífero y preciso fuego de

nuestros cañones de asalto la destruía. Con cada hora que pasaba la línea de combate alemana se fue fortaleciendo a medida que iban regresando los hombres de los hospitales de campaña o de los permisos, junto con los soldados de los servicios de intendencia de la división, que eran habitualmente desplazados a puntos concretos durante las crisis. Además, los ingenieros minaron rápidamente el fondo del barranco, formaron obstáculos con árboles talados y emplazaron dispositivos de alarma. En conjunto estas medidas incrementaron de tal manera la fortaleza de nuestra resistencia que la amenaza de una penetración rusa había sido eliminada incluso antes del anochecer.

Mientras tanto, sin embargo, la situación del batallón situado más al sur se había vuelto desesperada. Su flanco norte había quedado atrapado por el avance enemigo, como ya ha sido descrito, y forzado a retroceder hasta una débil línea defensiva oblicua. En vez de hacer pivotar a un fuerte contingente hacia el sur para expulsar al batallón de su posición dominante en la colina (que necesariamente hubiera debilitado el ataque hacia el barranco del bosque), los rusos sobrepasaron esta delgada línea alemana esperando poder coger a los defensores por la retaguardia y colapsar toda nuestra posición del valle. Impávido, este bravo batallón frustró estos planes resistiendo en su posición clave, a pesar del riesgo de quedar cercados.

De repente, tuvo lugar un suceso completamente inesperado. Por la brecha que había entre el batallón que defendía el barranco y el batallón de la colina, aparecieron soldados con uniformes y equipo alemán y, hablando en perfecto alemán, informaron de la llegada de refuerzos, venidos para ayudar al sector amenazado justo a tiempo. Comprensiblemente las tropas recibieron estas noticias con gran júbilo, y el rumor se difundió por todo el batallón a la velocidad del rayo. Antes de que el oficial al mando del batallón tuviera tiempo de comprobar la fuerza y el origen de lo que parecía un contingente de refuerzo providencial, los soviéticos se lanzaron al asalto en todo el frente del batallón. En cuestión de minutos la situación se hizo crítica, y el batallón empleó hasta el último hombre en primera línea.

Este fue el momento en el que los soldados «alemanes» de las compañías recién llegadas salieron del bosque en densas columnas y arrojaron un mortífero diluvio de fuego contra el flanco y la retaguardia del batallón. En medio de la confusión que siguió se oyeron gritos: «¡Somos alemanes! ¡No disparéis! ¡Diablos! ¿Qué está pasando aquí?» Durante unos pocos minutos preciosos ninguno de los defensores comprendía lo que estaba sucediendo. Abruptamente, cesaron todos los disparos y estos nuevos «alemanes» se habían entremezclado irremediabilmente con los

defensores. Entonces soltaron ensordecedores gritos de «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!» y atacaron a corta distancia. En esta desconcertante situación era imposible distinguir a los amigos de los enemigos, y en el bosque todos comenzaron a luchar con todos. Nadie parecía que pudiera ayudar, o acaso poner algo de orden en el caos.

El oficial al mando del batallón comprendió de inmediato el propósito de este insidioso ataque y fue consciente al instante que solo una decisión podría, quizás, salvar a su unidad y mantener toda la posición del valle a salvo de ser arrollada. Ordenó una retirada inmediata hacia el extremo norte de la villa A, una orden que tuvo el efecto de un revulsivo. Incluso en mitad de la confusa lucha nuestros soldados reconocieron la voz de su comandante y pasaron la orden; pronto cada soldado alemán había entendido exactamente lo que se debía hacer. La orden no sería fácil de ejecutar, pero a menos que se llevara a cabo, todos los hombres y el equipo estarían pronto perdidos. Aún así, el comandante se mantuvo firme en la creencia de que sus oficiales y curtidos infantes podrían conseguirlo.

El comandante del batallón reunió rápidamente a varios oficiales y a todos los soldados que había a su alrededor y los formó como destacamento de asalto, dirigiéndolos él personalmente. Llevando metralletas o fusiles listos para disparar, o dagas y granadas de mano en los puños cerrados, los integrantes de este grupo mataron a los rusos enmascarados allí donde los encontraron, reconociendo al enemigo por sus facciones mongolas con independencia del uniforme que vistieran. De esta manera, el jefe y sus hombres se abrieron camino a través de los soldados que combatían, alcanzando la linde del bosque a grandes zancadas donde encontraron la relativa seguridad de las hondonadas y depresiones que llevaban a la villa. Imitando a su comandante, otros oficiales y suboficiales formaron sus propios destacamentos y se abrieron paso hacia la villa. A medida que fue llegando cada contingente, el comandante lo incorporaba inmediatamente en sus improvisadas posiciones defensivas junto con los hombres pertenecientes a las unidades de servicios de retaguardia que resultaron estar entonces presentes en la villa. No se prestó ninguna atención en absoluto a la unidad a la que pertenecía cada uno, no había tiempo. Mientras tanto, la plana mayor del regimiento, conocedora del casi desastre, envió a toda prisa a una compañía de refuerzo a la villa en camiones proporcionados por la división, junto con un puñado de cañones de asalto.

Favorecido por el terreno, que formaba pendiente hacia la villa y protegía tanto de la observación como del fuego enemigo, el comandante había reunido para la tarde a los restos de su batallón en una posición defensiva coherente. Cuando los rusos aparecieron poco después en la

linde del bosque, un intenso fuego de ametralladora los forzó a retroceder y protegerse con los árboles. Cuando los soviéticos repetían su intento de avanzar hacia la villa, el fuego de artillería de los cañones de asalto lo frustraban. Una y otra vez el fuego de los defensores rechazó al enemigo a los bosque con grandes pérdidas. Gradualmente la oscuridad cayó, y en el crepúsculo, un sorprendente número de rezagados del batallón se fueron abriendo paso hasta la villa dando varios rodeos. Para medianoche el batallón había alcanzado casi la fuerza con la que había empezado el día; en vista de la crisis superada, sus pérdidas habían sido sorprendentemente pequeñas. La sangre fría del oficial al mando y su capacidad para imponer su voluntad incluso en una situación caótica junto con la iniciativa demostrada por sus oficiales y suboficiales, habían sido lo que había salvado a todo el batallón de una condena cierta. La flagrante violación de la ley internacional por parte del Ejército Rojo, aunque tuvo como consecuencia la pérdida de un importante bastión defensivo, fracasó a la hora de conseguir el colapso del frente alemán en el Donets.

La velocidad con la que se recuperó el batallón al final del día del golpe que había recibido se muestra por el hecho de que el comandante pudo planear confiadamente, esa misma noche, la recuperación de la posición perdida para la mañana siguiente. Con esta actitud demostró su confianza en los hombres que habían pasado por aquello junto a él en aquel aciago día. Al amanecer del 4 de agosto pretendió golpear al enemigo (que por descontado intentaría un nuevo avance) tan duro, con un asalto por sorpresa, que cabía esperar que la posición perdida de la colina pudiera ser recuperada.

Con las primeras luces la artillería y los morteros pesados rusos comenzaron a bombardear la villa con una cadencia que rápidamente creció en intensidad. Con un estruendo ensordecedor, que resonaba una y otra vez en el bosque, los proyectiles rugieron y silbaron hasta estallar en la villa o al otro lado de la carretera. Bajo la protección de este muro de fuego, oleada tras oleada de rusos salieron del bosque y corrieron por un prado frente a las posiciones alemanas.

Los elementos de cabeza del ataque ruso se habían acercado ya a distancia de asalto cuando comenzó el contraataque alemán. Alas de bombarderos y aviones de ataque al suelo aparecieron sobre el teatro de operaciones y atacaron al enemigo de forma continuada. Los cañones de asalto (cuyo número había sido incrementado en gran medida durante la madrugada) avanzaron contra la línea soviética con todos sus cañones haciendo fuego. Con éstos y las ametralladoras disparando desde las trincheras, los pozos de tirador y las casas, además del fuego de la artillería, los cañones contracarro y la flak, hicieron tales estragos en las filas ene-

migas que el ataque se desintegró literalmente. Cogidos en terreno que no ofrecía cobertura, los soldados rusos sabían que su única oportunidad de sobrevivir a ese diluvio de fuego era proceder a una retirada inmediata hacia los bosques.

En ese mismo momento, sin embargo, cuando el enemigo empezó a retroceder, los cañones del 320 Regimiento de Artillería comenzaron a desplegar una mortífera cortina de fuego sobre la linde del bosque infligiendo serias pérdidas en los rusos y destruyendo su cohesión como fuerza de combate. Los hombres corrieron en todas direcciones, mirando la manera de poder salvarse a sí mismos, pero solo algunos grupos maltrechos lograron encontrar refugio en el bosque. Ni siquiera entre los árboles había lugar seguro, ni tiempo para reorganizarse, ya que el comandante del batallón dirigió entonces a sus hombres en un vivo contraataque. Sus disminuidas compañías de infantería, aún resentidas por la treta enemiga de la tarde anterior, persiguieron a los rusos en su huida, los buscaron en el bosque y, avanzando raudamente, evitaron que pudieran apostarse en la antigua posición alemana de la colina. Apenas dos horas habían pasado desde el comienzo del ataque cuando los infantes alemanes de vanguardia recuperaron la posición que tenían el día anterior y la aseguraron de inmediato.

El traicionero ataque del 3 de agosto había creado ciertamente una peligrosa situación, pero el contraataque del 4 de agosto anuló completamente cualquier éxito que los rusos hubieran obtenido tan injustamente. El resultado de esta operación supuso grandes pérdidas en hombres y equipo por parte soviética, incluyendo la muerte de la mayoría de los soldados rusos que habían vestido los uniformes alemanes. Desafortunadamente, nuestros agotadas y mermadas compañías carecían de la fuerza suficiente para rechazar al enemigo al otro lado del Donets, aunque la 320 División de Infantería todavía mantenía las posiciones clave de la colina en el sur y la línea del barranco del bosque en el norte.

A pesar de las grandes pérdidas sufridas reiteradamente en los intentos de tender la cabeza de puente del sur, los rusos reanudaron sus esfuerzos en la noche del 4 al 5 de agosto. Aunque no habíamos esperado el reinicio de las obras de construcción en este punto, nuestro sistema defensivo permaneció intacto y nuestro fuego de hostigamiento se llevó a cabo según las lecciones de la experiencia ganada con anterioridad. Los obuses y las ametralladoras comenzaron a disparar a los mismos blancos que antes. De nuevo, las ametralladoras fueron, de lejos, las más efectivas armas antipersona, mientras que el fuego de artillería era dirigido contra los vehículos y el equipo. Como en noches anteriores, los rusos no se rindieron al desaliento y continuaron tenazmente la construcción, hasta que

justo antes de la medianoche pararon aparentemente y dejaron el trabajo. El sonido de vehículos con orugas procedente de la orilla oriental del Donets dio la impresión de que se habían desplazado cabezas tractoras para recuperar los vehículos inutilizados, los depósitos de provisiones y el equipo de pontones.

En esta ocasión llegamos a conclusiones enteramente erróneas. Para gran sorpresa de todos, los sonidos de los vehículos de orugas no disminuyeron a medida que se fue aproximando el amanecer; al contrario, los ruidos se aproximaron y se hicieron más intensos. Cuando nuestros observadores encendieron los reflectores descubrieron que lo que habían tomado por cabezas tractoras eran de hecho carros de combate que de alguna manera habían cruzado el río al amparo de la oscuridad. Mientras rompía el amanecer, los carros enemigos de cabeza habían alcanzado las afueras de la villa **B**, y cruzándola se dirigieron disparando sus armas contra nuestra línea defensiva situada inmediatamente al oeste. Esa maniobra fue aparentemente la señal preestablecida para el comienzo de un ataque general, abriendo entonces fuego la artillería rusa sobre la villa desde la orilla oriental. Los proyectiles llovieron sobre nuestras posiciones en las crestas y las colinas que rodeaban ambas vertientes del valle del riachuelo **A**——, en un intento obvio de neutralizar las dominantes defensas de las alturas.

Nuestra artillería replicó de inmediato apuntado a las fuerzas rusas en el valle y al este de la villa **A**. Esta barrera artillera, combinada con obstáculos erigidos con anterioridad y campos de minas, retrasaron el avance soviético hasta que hubo suficiente luz para efectuar un fuego más preciso. La luz plena de la mañana reveló que los carros de combate rusos habían despejado la barricada de la carretera al este de la villa y, acompañados por grandes contingentes de infantería escalonada en profundidad, habían penetrado hasta el centro de la villa. Otros carros les habían seguido por la brecha para luego girar hacia el norte y el sur, hacer un barrido y comenzar a reducir nuestras posiciones defensivas una tras otra. Cogido desprevenido por este ataque, el agotado batallón (menos los cañones de asalto y la compañía de ingenieros, que habían sido transferidos a otro sector del frente) no tuvo más elección que retroceder rápidamente a través del valle por el que fluía el riachuelo **A**——, y ceder sus posiciones defensivas del día anterior en la villa **A**.

Este fue un momento crítico, ya que la penetración rusa había alcanzado una posición desde la que podía girar bien al norte, cercando a los defensores del barranco del bosque, o arremeter contra las posiciones de disparo de la artillería de la división. El general Postel ordenó de inmediato el regreso de los cañones de asalto y de los ingenieros para contra-

atacar la vanguardia enemiga y a pesar de la gran presión que los rusos estaban ejerciendo en los combates a lo largo del río Lopan al oeste, cedí el II Batallón del 1º Regimiento de Morteros Pesados (equipado con las lanzaderas de cohetes múltiples *Nebelwerfer*), para apoyar estas operaciones. Estas fuerzas, reunidas en las últimas horas de la mañana, demostraron ser suficientes para detener el avance enemigo y luego hacerlo retroceder hasta el extremo oriental de la villa A.

Esa mañana, durante el ataque inicial ruso, el «batallón de la ciénaga» de la orilla del río, intentó hacer sentir su presencia de nuevo. Con una tenacidad casi inimaginable los defensores soviéticos de ese lodazal no solo habían mantenido su posición sino que la habían reforzado con al menos varias compañías de fusileros más. Cuando los rusos lanzaron su asalto apoyado por carros de combate por el valle, estas tropas trataron de capturar nuestra posición fortificada de la colina que dominaba el río mediante un golpe de mano. Para ello se habían deslizado por la orilla del cauce y atacado la colina desde el sur. Afortunadamente, el destacamento alemán allí apostado no fue sorprendido, e inmediatamente fijó a estos «soldados de la ciénaga» con fuego de ametralladora. Además, una batería emboscada del III Batallón del 320 Regimiento de Artillería, había sido emplazada contra una eventualidad como aquella, completamente oculta en una frondosa depresión desde la que de repente abrió fuego a quema ropa contra la retaguardia enemiga. Como resultado, el batallón fue cogido entre dos fuegos, situación que era insostenible incluso para los estándares rusos, consumiéndose rápidamente la resistencia de esta curtida unidad.

Para mediodía el ataque general soviético había sido detenido en todos sitios y el enemigo quedó atrapado en una profunda, pero estrecha, bolsa de la que no podía avanzar o retroceder sin sufrir grandes pérdidas. Su situación se hizo todavía más delicada cuando todos los intentos de traer reservas para forzar una nueva penetración fracasaron debido al formidable fuego de artillería alemán desde su flanco y retaguardia. Solo cuando cayó otra vez la noche pudieron los rusos poner en marcha el suficiente número de tropas para dar a la ofensiva un nuevo impulso. Esta perspectiva preocupaba enormemente al general Postel y a sus oficiales subordinados, que ya se habían visto obligados a emplear hasta el último hombre y hasta las últimas armas para detener el avance inicial. No se podían conformar con fijar a los rusos en aquel lugar, tendrían que encontrar una forma de hacerlos retroceder de nuevo al otro lado del Donets antes de que llegara la noche.

A pesar de la disparidad de fuerzas, el general Postel estaba resuelto a emplear sus nueve cañones de asalto restantes y la compañía de ingenie-

ros en un ataque frontal por ambos lados de la calle que transcurría por mitad de la villa. Los ingenieros de combate eran tipos fornidos, «preparados para secuestrar al Diablo desde el infierno» y expertos en operar en cooperación con los cañones de asalto. Las armas de apoyo en los flancos de la penetración rusa (ametralladoras, cañones contracarro y flak) disfrutaban de un campo de fuego despejado contra las posiciones enemigas observando de manera literal la villa frente a ellos, como si estuviera en una mesa elevada. Esta circunstancia permitía una coordinación ideal entre las tropas de asalto y sus apoyos, a los que se podían sumar unos cuantos vuelos de cuatro aviones de ataque al suelo de la Cuarta Luftflotte. El ataque comenzó una hora después del mediodía.

Cabe señalar que los ingenieros estaban, por encima de cualquier otra cosa, ansiosos de llegar al Donets y descubrir como habían logrado los rusos cruzar tal número de carros de combate, a pesar del hecho de que se había evitado que pudieran construir un puente. Esta cuestión asombraba a todo el mundo, desde los puestos de mando hasta el cuartel general del Cuerpo, ya que habíamos estado defendiendo este tramo del río durante meses. Habíamos medido su profundidad en todos nuestros sectores defensivos y sabíamos a ciencia cierta que constituía un obstáculo para carros de combate, pues durante la ofensiva de Ciudadela incluso nuestros Pz VI *Tiger* y cañones de asalto Stug III habían sido incapaces de cruzarlo hasta que se construyó un puente de setenta y dos toneladas. Aún así desde la colina situada al sur (que había sido defendida con éxito contra el «batallón de la ciénaga», nuestros observadores podían ver claramente huellas de orugas que llegaban hasta la orilla oriental del río y que emergían de nuevo en la nuestra. Muchos oficiales de los allí presentes concluyeron que los carros de combate que aparecieron tan repentinamente debían ser anfibios.

Siendo yo el único oficial presente que había visto alguna vez carros anfibios rusos, estuve en desacuerdo. En julio de 1941, cuando mandaba la 6ª Brigada Motorizada de la 6ª División Panzer, me había encontrado y destruido seis carros anfibios ligeros en el río Zilina al sur de Novoselye, situada en la gran *Rollbahn* a Leningrado. En aquel entonces, echando una mirada fugaz a los vehículos asumí que eran de fabricación norteamericana. El hecho de que tales carros, según tengo entendido, no se volvieran a encontrar de nuevo, y sabiendo que los Estados Unidos no tenían ya tales vehículos en producción en ese tiempo, me hizo sospechar que estos seis carros eran modelos de pruebas de origen soviético. Cualquiera que fuera su origen, la cuestión clave era la del peso. Los carros ligeros anfibios comparados con los T-34 que el enemigo había empleado en este ataque eran como comparar a David con Goliat. Por tanto, con-

sideré imposible que los carros rusos que habían cruzado el Donets sin puente pudieran ser anfibios.

Entonces, ¿cómo pudieron estos T-34, cuyas características conocíamos muy bien, lograr cruzar un río cuya profundidad había sido recientemente medida en tres metros? Aunque el T-34 disfrutaba de más movilidad en campo abierto que ningún otro carro de combate en el continente y había alcanzado a menudo sorprendentes logros, era una opinión unánime de todos los oficiales presentes que ningún T-34 podría haber cruzado el río Donets por aquel lugar. Y sin embargo su existencia no podía ser negada.

Muchas horas de intensos combates transcurrieron antes de que resolviéramos este misterio. Primero era necesario alcanzar el río, y aunque completamente expuestos a un intenso fuego de flanco, los rusos ofrecieron una enconada resistencia a cada paso. Había que arrebatarnos cada casa en combates a corta distancia, a veces incluso cuerpo a cuerpo. La infantería soviética se aferró incluso a las ruinas de los edificios bombardeados y convertidos en un montón de escombros por nuestra artillería en tanto que sus carros de combate permanecieran en las cercanías. Estos T-34 constituían ahora la espina dorsal de la defensa, de la misma manera que habían sido el impulso en el ataque de esa mañana. Cada arma que podíamos utilizar estaba disparando desde todos los lados, pero esto tenía poco efecto a menos que los proyectiles perforantes consiguieran un impacto directo y lograra incendiar a los carros. Nuestros cañones de asalto, que representaban la amenaza más peligrosa para los T-34, tenían una difícil misión que cumplir, ya que los carros enemigos, numéricamente superiores, mantenían enconadamente su posición y obligaron a nuestros Stug III a aproximarse a quemarropa. Muchos de los cañones de asalto sufrieron impactos directos en su blindaje frontal reforzado antes de que pudieran inutilizar a un solo T-34. Una vez que la plancha superior del blindaje frontal de cualquier Stug III era destrozada, este vehículo debía replegarse a un lugar secundario en la retaguardia de aquellos otros cuyo blindaje frontal permanecía intacto.

A pesar de estas dificultades, los cañones de asalto fueron haciendo progresos; pasada una hora cinco T-34 se consumían en llamas, mientras que solo uno de nuestros Stug III había sufrido ligeros daños, permaneciendo todos operativos. Y para cuando nuestras tropas alcanzaron el centro de la villa, las fuertes pérdidas soviéticas habían creado irónicamente un equilibrio de fuerzas. De hecho, la resistencia ofrecida por la infantería enemiga atrapada en el valle se recrudeció como resultado de que más y más unidades iban quedando sometidas a nuestro fuego directo, cogidas de flanco por nuestro avance. Aquellos elementos que

pudieron, cambiaron su frente para trabar combate con nuestras tropas de asalto de manera directa. Solo después de que un avión de ataque al suelo hiciera su aparición sobre los combates, atacando a estas unidades con continuas salidas y de que nuestro fuego de artillería desde los flancos y retaguardia se incrementara hasta proporciones insostenibles, se logró que la voluntad de lucha de los rusos comenzara a mermarse sensiblemente. Los T-34, sin embargo, continuaron ofreciendo una resistencia extremadamente fuerte. Sus tripulaciones sabían que cualquier retirada llevaría a una derrota cierta y a unas pérdidas desastrosas. Esta negativa a ceder no podía evitar nuestra victoria, pero ciertamente la retrasó; solo a última hora de la tarde cayó el último T-34 víctima de nuestros cañones de asalto restantes, tras lo que la resistencia enemiga se desmoronó completamente.

Volvió a oscurecer al tiempo que los elementos de asalto alemanes atravesaban finalmente la villa y nuestros observadores de artillería podían reasumir sus viejos puestos en el «nido del águila» en lo alto de la torre de la iglesia que se habían visto forzados a evacuar esa mañana. Con el último resplandor del atardecer, los cañones de asalto, acompañados por las patrullas de ingenieros que perseguían a los rusos derrotados, alcanzaron la orilla del río en el lugar donde los T-34 habían surgido a través de la niebla matutina. Incluso a muy corta distancia no había señales de ningún puente, y solo cuando los confusos ingenieros midieron la profundidad del cauce pudieron resolver el misterio. A medio metro bajo el agua los ingenieros descubrieron un puente submarino. Los rusos habían construido tales puentes en otras ocasiones con el fin de ocultar los puntos de cruce a la observación aérea de la Luftwaffe, por lo que la existencia de un puente de esas características no fue tanto la causa de nuestro asombro, como el hecho de que había sido construido en un espacio de tiempo increíblemente corto en mitad del devastador fuego de artillería. Solo una inspección más detallada de los cimientos del puente permitió resolver el misterio del todo. Descubrimos dos filas de T-34 intactos, que habían sido arrojados al agua uno detrás de otro y que sirvieron de soporte para el improvisado puente submarino. Una cubierta de planchas había sido rápidamente colocada sobre ellos y sujeta a los carros con cuerdas. Desde ese momento, el paso quedó expedito para la empresa de que otros carros de combate pudieran cruzar el río sobre los T-34 sumergidos. Para los rusos, el hecho de que unos pocos carros de combate fueran volcados y arrojados al agua durante el proceso no revestía importancia. El objetivo principal, cruzar a la mayoría al otro lado del Donets lo suficientemente rápido como para conseguir una sorpresa táctica, se había conseguido. Únicamente nuestros cañones les ahorraron

la necesidad de tener que hacer el viaje de vuelta y cruzar por este extraño puente.

Obviamente, el enemigo había esperado recuperar del río estos carros sumergidos y ponerlos otra vez en uso después de conseguir realizar una penetración exitosa. Pero sin embargo, tal y como estaban las cosas, nuestros ingenieros de combate los volaron allí mismo, enviando otra docena de T-34 al mismo «cementerio de carros» que sus camaradas habían encontrado en tierra. Estas demoliciones constituyeron la última actividad en las horas finales de un día de agotadores combates. Entonces, el silencio de la noche tendió «un velo de paz sobre el lugar».

Una vez más, el empleo de una táctica completamente inusual por parte del Ejército Rojo había alcanzado un éxito sorprendente y había amenazado con el desastre a todas nuestras defensas. Solo las inmediatas contramedidas llevadas a cabo por los oficiales al mando presentes y el valiente comportamiento de las tropas del general Postel lograron anular de nuevo otro potencial éxito ruso. Que una fuerza de contraataque tan pequeña, nueve Stug III y unos ochenta ingenieros, lograra derrotar a un oponente numéricamente superior podía ser atribuido en no poca medida al empleo de un gran número de armas automáticas, cuyo fuego fue coordinado con precisión y golpeó a los rusos con un efecto aniquilador. El resultado final de esta pequeña batalla subraya lo que se puede conseguir con un mínimo de hombres excelentemente entrenados si son apoyados por las armas más efectivas.

En vista del continuo deterioro de la situación del flanco oriental del XI Cuerpo, es entendible que, incluso a pesar de ser rechazados el 5 de agosto, los soviéticos persistieran en sus intentos de forzar una ruptura en el frente del Donets. En esos momentos los rusos solo conservaban una cabeza de puente sobre el río, a lo largo de las colinas boscosas, y limítrofe con el barranco del bosque, al que nuestras tropas habían bautizado con el nombre de *Totenschlucht*, «el Barranco de la Muerte». Las fuerzas enemigas situadas en el borde del barranco habían permanecido inactivas durante el curso de los combates del 5 de agosto, pero todos sospechaban que la próxima ofensiva soviética tomaría la forma de un asalto a través del *Totenschlucht*, a pesar de todas las dificultades inherentes a un ataque de esas características.

Ya fuera por coincidencia o por planificación, los rusos comenzaron su ataque el 6 de agosto, precisamente en el momento en que el ala izquierda del XI Cuerpo se enfrentaba a su más crítico desafío, con unidades blindadas y de infantería enemiga atacando en profundidad en la retaguardia a lo largo del río Lopan. En efecto, si los soviéticos penetraban en nuestra área de retaguardia por aquel lugar y forzaban simultáneamente

una ruptura a lo largo del Donets, cinco divisiones serían cercadas y destruidas. Se hacía imperativo que tanto la 106 como la 320 División de Infantería mantuvieran sus posiciones, incluso sin ninguna perspectiva de recibir más refuerzos del cuartel general del Cuerpo.

El general Postel se vio obligado a recurrir a un recurso desesperado con el fin de concentrar, al menos, unas reservas mínimas. Sacó dos batallones de sectores de su flanco sur hasta ahora tranquilos, reemplazando a estos veteranos con una delgada pantalla de reclutas y reemplazos procedentes del Batallón *Feldersatz* [de Reemplazos de Campaña] de la división. Emplear a estas jóvenes tropas, inexpertas en combate, hombro con hombro en un frente amplio sin ninguna reserva que mereciera la pena mencionar constituía un serio riesgo, pero los acontecimientos sucedidos el 6 de agosto, mientras tenía lugar el nuevo despliegue de estas unidades, demostraron que había sido totalmente necesario llevarlo a cabo.

Tras varios asaltos sin éxito, los rusos lograron cruzar los campos de minas del barranco mediante un despiadado e inhumano empleo de sus hombres. El método utilizado era muy simple: compañía tras compañía avanzaba adentrándose en el fuertemente minado barranco frente a las líneas enemigas hasta que todas las minas habían detonado. Al final, los «campos de cuerpos» habían reemplazado a los campos de minas. Luego, las siguientes oleadas del ataque pasaban sobre los cuerpos de sus camaradas caídos para subir por la pendiente occidental del barranco.

Durante horas, el devastador fuego defensivo de las ametralladoras alemanas frustró cada intento de llegar al borde de la quebrada. Este fuego llegó a ser tan crecientemente sangriento entre los rusos que una línea continua de cuerpos yacía finalmente en el borde del barranco. Muchos de los bravos soldados soviéticos todavía tenían su fusil en posición de disparo, mientras sus cabezas, destrozadas por las balas, descansaban sobre sus armas. Aún así, el mando enemigo necesitaba forzar una ruptura a toda costa, y una y otra vez marcharon a la batalla nuevas oleadas a través de una alfombra de muertos, hasta que la resistencia alemana comenzó finalmente a desmoronarse como resultado de las pérdidas sufridas y de la falta de munición.

Después de que la lucha por la *Totenschlucht* hubiera durado varias horas, nuestra infantería se vio finalmente obligada a retirarse, poco a poco. Sin embargo, logramos mantener la posesión de la duramente disputada linde occidental del bosque hasta la tarde, cuando llegaron refuerzos desde la retaguardia. Incluso a pesar de que los rusos, a un coste terrorífico, habían expandido sustancialmente su cabeza de puente, sus esfuerzos por conseguir una ruptura habían fracasado. Sin ser disuadidos, los soviéticos formaron más batallones con el fin de obtener un éxito completo el

7 de agosto.

No obstante, también habían llegado los refuerzos alemanes, que comenzaron a preparar su propio ataque. Los dos batallones de la 320 División de Infantería retirados del sur, un batallón de la 106 División de Infantería y nuestros pocos cañones de asalto restantes recibieron la misión de recuperar el bosque con un ataque concéntrico y arrojar a los rusos de vuelta al río. Una preparación artillera efectuada por toda la artillería disponible, reforzada por el batallón *Nebelwerfer* y varias baterías flak de 88 mm, precedería al ataque. Desafortunadamente no íbamos a poder contar con apoyo aéreo, ya que la Cuarta Luftflotte debía emplear todas sus fuerzas en apoyo del Cuarto Ejército Panzer contra la penetración principal soviética, cuyas masas de carros de combate debían ser destruidas. Sin embargo, esta ausencia de la Luftwaffe se compensó en esencia por el hecho de que el Ejército Rojo había empleado a la abrumadora mayoría de sus propios efectivos aéreos en la misión de asestar un golpe decisivo al Cuarto Ejército Panzer.

La concentración para el contraataque se fue realizando sin problemas, y a la hora fijada las baterías *Nebelwerfer* y la artillería concentrada de ambas divisiones de infantería abrieron fuego. Estas granadas estallaron con terrorífico estruendo entre las masas de tropas que los rusos habían estado reuniendo para su propio ataque, destrozándolas. Las granadas de los obuses pesados se precipitaron sobre la misma *Totenschlucht*, cayendo entre las tropas y oficiales que se habían reunido allí. Cualquier daño que pudiera provocar la preparación artillera alemana sobre nuestra propia línea de frente del bosque había sido evitado mediante una retirada sistemática minutos antes de que la artillería abriera fuego. Esta breve retirada, que había sido programada a una hora precisa, se llevó acabo hasta la linde occidental del bosque, siendo precedida de fuego de infantería para simular un ataque.

Al mismo tiempo que la sorpresiva concentración de fuego golpeaba la línea de frente soviética, comenzó nuestro ataque real de infantería. Gradualmente, la preparación artillera se fue desplazando hacia el este, hasta la *Totenschlucht*, que habiendo sido sometida entonces a fuego desde todas direcciones se convirtió en un gran cementerio para los soldados y las esperanzas rusas. Semejante e intensa preparación artillera no solo levantó la moral de nuestras tropas de asalto sino que hizo tal daño al enemigo que el ataque consiguió progresar rápidamente. Con cañones de asalto y fuertes patrullas de combate formando la vanguardia, las tropas del general Postel llegaron a la *Totenschlucht* antes del mediodía y la cruzaron poco después. El barranco ofrecía una visión espantosa de muerte y estrago incluso para nuestros experimentados veteranos.

El solitario batallón de la 106 División de Infantería, que atacaba desde el norte con el apoyo de unos pocos cañones de asalto, también avanzó rápidamente e incluso logró adentrarse más profundamente en el flanco soviético. Hasta el batallón de las colinas del sur, que habían quedado tan maltrecho en los últimos días, se unió entonces a la lucha haciendo fuego y liberando patrullas de combate. Los rusos parecían estar en retirada general en todos sitios. Para mediodía, los batallones que atacaban concéntricamente habían hecho contacto directo los unos con los flancos de los otros en todos los sectores, y el anillo de hierro alrededor de la diezmada fuerza enemiga se hizo cada vez más estrecho. El general Postel pretendía cercar y destruir a los rusos antes de que pudieran alcanzar el río. A primeras horas de la tarde la línea soviética había quedado tan constreñida que elementos considerables de la fuerza atacante, incluyendo la mayoría de los cañones de asalto, tuvieron que ser retirados del frente por falta de espacio. Ciertamente, todo el mundo opinaba que en cuestión de unas cuantas horas toda la orilla occidental del Donets estaría de nuevo en nuestras manos.

Sin embargo, de súbito, la resistencia rusa se encontró otra vez. Inesperadamente, nuestras vanguardias encontraron obstáculos fuertemente minados formados por ramas de árboles sujetas con alambre de espino que resultaron imposibles de sortear. Los intentos de volar estos obstáculos mostraron que tras la línea inicial, se habían sembrado hileras e hileras de minas, que no podían ser removidas por quedar bajo la cobertura de un intenso fuego defensivo enemigo, reforzado por el fuego de los morteros pesados de las trincheras, que hicieron cualquier avance alemán ulterior imposible.

Pronto fue evidente que durante los últimos días los rusos habían establecido un área intensamente fortificada en la orilla occidental del Donets. Para el caso de que sufrieran un revés táctico, que los comandantes del Ejército Rojo debían considerar como una posibilidad a la luz de sus experiencias de la semana anterior, necesitaban un área que pudiera ser defendida en cualquier circunstancia. Este área representaba una especie de «cabeza de puente de emergencia» o «cabeza de puente dentro de una cabeza de puente», cuyo propósito era evitarles en el peor de los casos otro costoso cruce del río.

Y en efecto, cada intento alemán de sacar esta espina de nuestro costado fracasó. Los cañones de asalto no podían mantenerse a la par de otras tropas en este terreno densamente boscoso y terriblemente desigual. Tampoco podía nuestra artillería, ni siquiera los *Nebelwerfer*, «ablandar» esta pequeña área de unos cuantos cientos de metros de diámetro, a pesar del hecho de que su diluvio de fuego despejó muchos de los obstáculos

de ramas de árboles, abrió brechas en los campos de minas y machacó el bosque. Ni una sola patrulla de combate logró penetrar en esta posición. Incluso el empleo de lanzallamas demostró ser un fracaso, ya que los rusos estaban agazapados en pequeños escondites y búnkeres contra los que incluso esta terrible arma demostró ser infectiva. Aunque unos pocos reductos fueron destruidos y un número de escondrijos enterrados por la tierra que caía de las explosiones, quedaron los suficientes al otro lado y en su retaguardia para prevenir nuestro avance.

Por los posteriores interrogatorios de prisioneros supimos que esta cabeza de puente fortificada estaba ocupada por una «guarnición de seguridad», formada por una unidad escogida mandada por comisarios que no había tomado parte en la anterior batalla. Estos hombres se enfrentaban a la alternativa de resistir en sus posiciones hasta el último hombre o recibir un tiro en la nuca. Otra parte de su misión (que fracasaron en llevar a cabo) había sido la de detener la retirada de cualquiera de los batallones rusos presentes en el lado occidental del río. Estos batallones, sin embargo, habían sido tan profundamente castigados por el impacto de nuestra preparación artillera y por la ferocidad con que atacaron nuestras tropas, que eludieron las amenazas de sus jefes. En un terreno con una visibilidad tan limitada, ni las medidas draconianas de los oficiales rusos o de sus comisarios ni el fuego abierto sobre las tropas por la guarnición de seguridad en el interior de la cabeza de puente pudieron detener la marea en retirada. Al contrario, solo lograron añadir desconcierto a las compañías de fusileros presas del pánico e incrementar sus pérdidas.

Sin embargo, la poco habitual medida soviética de construir una pequeña y fuertemente fortificada «cabeza de puente defensiva» dentro de una gran «cabeza de puente ofensiva» compensó el esfuerzo. A través de ella el enemigo logró retener un pie en la orilla occidental del Donets a pesar de todos los reveses sufridos desde el 3 de agosto. Además, esta «cabeza de puente en otra cabeza de puente» siguió siendo una espina en nuestro costado al mismo tiempo que proporcionaba un continuo rayo de esperanza a los rusos. También debió de hacérselo más fácil a muchos comandantes del Ejército Rojo a la hora de transmitir a los cuarteles generales superiores las malas noticias de la aplastante derrota final sufrida en los bosques. Finalmente, el general Postel decidió sellar la cabeza de puente y cesar el ataque, con la intención de evitar bajas innecesarias. Debido a que los rusos necesitaban de igual manera tiempo para reagruparse tras las severas pérdidas que acababan de sufrir, también ellos se abstuvieron de cualquier acción ofensiva, produciéndose una breve tregua durante la que ambos oponentes tuvieron la oportunidad de recuperarse.

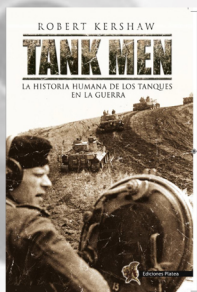
En el ínterin, como será descrito posteriormente, la situación en la

retaguardia del frente del Donets se había deteriorado debido en gran medida a la rápida retirada del Cuarto Ejército Panzer de nuestro flanco occidental. Las unidades de carros de combate del Ejército Rojo presentes a lo largo del río Lopan se adentraron cada vez más profundamente en su esfuerzo de envolver al XI Cuerpo, lo que me obligó a ordenar una retirada por fases hacia Kharkov. Por supuesto, esta maniobra precisaba el abandono de gran parte de la línea del río Donets. En el último minuto, los rusos trataron de avanzar desde su pequeña cabeza de puente para golpear al Cuerpo por la retaguardia. Una vez más consiguieron llegar a la *Totenschlucht*, donde tantos de sus camaradas habían caído en vano. Pero unas pocas horas después, cuando los soviéticos lanzaron su ataque decisivo a través del barranco, descubrieron que solo quedaban algunas retaguardias alemanas con las que enfrentarse. Habiendo simulado con éxito la presencia de una fuerte línea defensiva, estos elementos de retaguardia se retiraron entonces y siguieron al resto de la 320 División de Infantería, que había progresado sin interferencia desde el río hacia su nueva posición asignada. De esta forma, la última esperanza del Ejército Rojo de lograr una ruptura en la *rollbahn* Belgorod-Kharkov, la arteria vital de aprovisionamiento del XI Cuerpo, había sido hecha añicos.

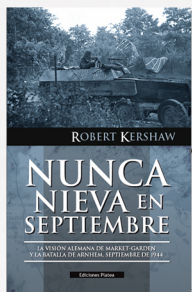
Retirada a Kharkov, del 9 al 12 de agosto

En el frente norte mantuvimos posiciones al sur de Belgorod durante un día, abandonándolas una vez que los rusos hubieron desplegado sus fuerzas. Una resistencia prolongada en cualquiera de las posiciones hubiera llevado a sufrir muchas bajas y a la aniquilación del aislado XI Cuerpo. Los continuos intentos soviéticos de flanquear nuestra ala izquierda sometieron al Mando a una severa tensión nerviosa y requirieron demandas extremas en el aguante físico de las tropas. Aún así, por muy grandes que fueran los sacrificios, debían llevarse a cabo si se quería evitar un desastre peor. El 9 de agosto los límites de la capacidad de resistencia parecían haberse rebasado cuando, tras una evacuación que duró toda la noche, nuestras tropas no lograron alcanzar la nueva línea de la siguiente fase al amanecer. Las vanguardias enemigas aparecieron por la *rollbahn* y el paradero de toda la 168 División de Infantería era incierto. Igualmente alarmantes eran las noticias llegadas de los sectores del Donets y el Lopan. Los carros de combate rusos habían salido de la cabeza de puente del Donets, otras fuerzas soviéticas habían cruzado el Lopan y el batallón de cañones de asalto procedente de Kharkov no había podido llegar. Aviones enemigos volando en gran número a baja

Otros títulos de Ediciones Platea



Tank Men



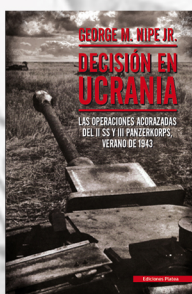
Nunca nieva en Septiembre



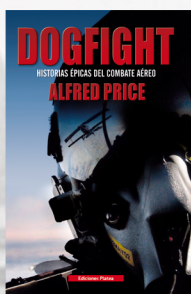
Tigres en el Barro



El Mito de la Blitzkrieg



Decisión en Ucrania

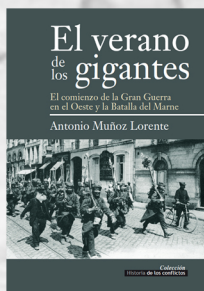


Dogfight



La Wehrmacht
se Retira

Sky Men



El Verano de los Gigantes

Colección Historia de los Conflictos



Los Tercios de Flandes en Alemania

Disponibles en www.edicionesplatea.com